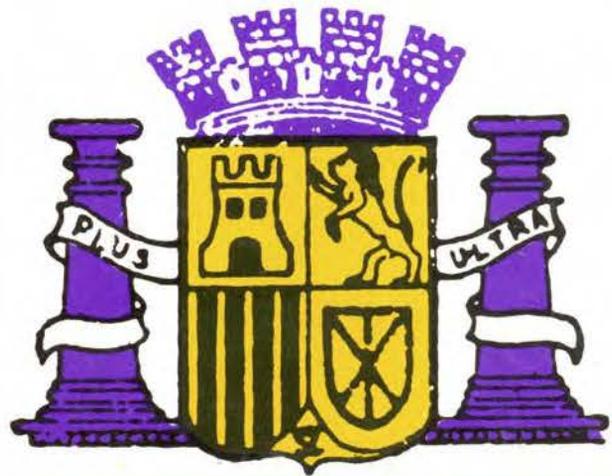


# THESIS

NUEVA REVISTA DE  
FILOSOFIA Y LETRAS

- ▶ **JOSE GAOS**
- ▶ **FRANCISCO MIRO QUESADA**
- ▶ **VERA YAMUNI**
- ▶ **OSCAR ZORILLA**
- ▶ **LEOPOLDO ZEA**
- ▶ **ERNESTO MEJIA SANCHEZ**
- ▶ **ANDRES LIRA**
- ▶ **LUIS ELIO**
- ▶ **JOSE ANTONIO MATESANZ**
- ▶ **FELICITAS LOPEZ PORTILLO**

3



**HOMENAJE A  
JOSE GAOS  
HOMENAJE A  
ALFONSO REYES**

**OCTUBRE / 1979**

# THESIS

**Nueva Revista de Filosofía y Letras.**

**Año 1, Número 3**

**Octubre / 1979**





**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO**

**Rector: Dr. Guillermo Soberón Acevedo**  
**Secretario General Administrativo:**  
**Ing. Gerardo Ferrado Bravo**

**Secretario General Académico:**  
**Dr. Fernando Pérez Correa**

**THESIS. NUEVA REVISTA**  
**DE FILOSOFIA Y LETRAS**

**Publicación Trimestral de la**  
**Facultad de Filosofía y Letras**

**Director: Abelardo Villegas**  
**Editor: José Antonio Matesanz**  
**Consejo de Redacción: José Pascual Buxó,**  
**Juliana González, José Antonio Matesanz**

**Secretaria de Redacción: Elsa Cross.**  
**Diseño: Germán Montalvo**

## INDICE

**La tradición presente. JOSE GAOS** 5  
*Lo mexicano en filosofía*

**Homenaje a JOSE GAOS** 15

**LEOPOLDO ZEA** 16  
*José Gaos en el recuerdo*

**FRANCISCO MIRO QUEZADA** 20  
*La filosofía como aventura personal*

**VERA YAMUNI** 28  
*De la aforística de José Gaos*

**ANDRES LIRA** 35  
*Recuerdos del seminario de José Gaos*

**OSCAR ZORRILLA** 40  
*Soneto*

**HOMENAJE A ALFONSO REYES (1890-1959)** 41

**ERNESTO MEJIA SANCHEZ** 42  
*Una antología impersonal de Reyes*

**LUIS ELIO** 50  
*Soledad de ausencia. Entre las sombras de la muerte. España, 1936 (fragmentos)*

**JOSE ANTONIO MATESANZ** 64  
*La guerra civil española*

**FELICITAS LOPEZ PORTILLO** 71  
*Características del "fascismo" español*

## NOTAS Y RESEÑAS

**Roberto Heredia Correa sobre la Biblioteca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana.** 77

## ERNESTO MEJIA SANCHEZ

### Una antología impersonal de Reyes

**E**n raras ocasiones el devoto de un autor clásico, el erudito especialista según el dictamen corriente, puede ofrecer un volumen tan de su gusto y tan accesible al del público intermedio, que es la inmensa minoría preferida por el poeta, como la actual antología\*. Los editores y el incómodo antólogo han estado, por esta vez, en acuerdo cordial y tácito y ambos anticipadamente confían en que el lector leal también lo esté. En una colección de obras escogidas de la literatura mexicana el nombre de Alfonso Reyes es imprescindible; aun en la nómina más estricta (Nezahualcōyotl, Sor Juana, Ruiz de Alarcón, López Velarde, Octavio Paz), echaría de menos su falta. Estamos, pues, de conformidad con su presencia; es más, de justicia la reclamariamos en cualquier tono. El verdadero problema comienza ahora: ¿qué piezas escoger en una obra "disputada por la calidad y la extensión"?

Porque la obra de Alfonso Reyes es, en verdad, obra vastísima y de óptima calidad dentro de las parcelas en que suele clasificársela y estudiarla. Max Aub, de obra no menor y variada, encuentra hasta "trece Alfonsos Reyes" en una graciosa "Zarzuela" que le dirigió con motivo de su sexta década, 17 de mayo de 1949. *Sale el coro de Maldicientes, en rueda, bailan y cantan con guitarra y vihuela*, y cada uno expresa su miope sentencia:

- |                      |                      |
|----------------------|----------------------|
| - Dicenle humanista. | - Dicenle ensayista. |
| - ¡Qué va!           | - ¡Qué va!           |
| - Es gran poeta      | - Es buen cuentista. |
| - Es gran poeta.     | - Es buen cuentista. |
| - ¡Qué va!           | - ¡Qué va!           |
| - Es gran prosista.  | - Dicenle ensayista. |

Pero nuestro empeño sea más serio y de buena fe, como los que acometía por todos lados el Maestro. Sin rebajarle la calidad en ningún género, sólo prescindiremos del teatro. (*Ifigenia cruel*, *Landrú*, *Egloga de los ciegos*), que siempre ha sido más para visto representado que leído, aunque no ignoramos que su *Ifigenia* es "eje fundamental del humanismo de Reyes: teoría, ejercicio, disciplina, logro moral y artístico, que luego se vierte so-

bre todo su porvenir". Limitándonos, pues, a sus narraciones, ensayos y poemas, escogemos entre ellos los más sencillos, sustantivos y representativos de su ingente labor; y aquí sencillo no quiere decir infantil o campirano y sustantivo sí vale por lo fundamental de sus preocupaciones (patria, cultura, lengua, historia, moral) y representativo por lo más logrado de su estilo.

Cada sección (narraciones, ensayos y poemas) se organiza en el orden cronológico de su redacción o escritura, no en el de su publicación, para que se vea fácilmente el proceso de los temas y su lenguaje. Esta gradación también se pretende en el orden de las tres secciones: es más asequible un cuento que un ensayo y un ensayo más que una poesía, por lo menos teóricamente. De todas maneras, se parte de lo más llevadero, como en el aprendizaje de cualquier cosa, en el entendimiento de que la pedagogía no siempre es sádica y que su fin verdadero es hacer claro y comprensible el camino que parece arduo al principio. Este Alfonso Reyes que pretendemos, un Reyes a la media calle, que hace camino al andar, que nunca es obvio, ligero u ordinario, por ser practicable aun para el no iniciado; es el Reyes que él quiso ser: llano sin ser vulgar, profundo sin ser abstruso.

Las narraciones elegidas son seis y arrancan de 1910, ya con sus dos vertientes: la una muy culta y fantasiosa, la otra muy mexicana, personal y realista; aunque en Reyes, hay que advertirlo a tiempo, estas vertientes no son opuestas sino que, a veces, se entremezclan armónicamente. De las seis narraciones, sólo dos han pasado a las *Obras Completas*, la primera y la tercera, que aparecieron en *El plano oblicuo* (Madrid, 1920) y se escribieron en México antes del viaje a Europa. Para entonces, el narrador ya está hecho; lo prueban las traducciones al inglés, francés, alemán, italiano y portugués que se hicieron de varias piezas de *El plano oblicuo*.

**L**os restos del incendio" (1910) quizá procedan de "La lluvia de fuego" del argentino Leopoldo Lugones (1874-1938), cuento de *Las fuerzas extrañas* (Buenos Aires, 1906). El cuento de Reyes parece continuar el de Lugones en la descripción del incendio. El Calvo, redactor de los "Fragmentos de un manuscrito salvado de la catástrofe" (subtítulo del cuento de Reyes) podría ser el autor-protagonista de la "Evocación de un desencarnado de Gomorra" (subtítulo del cuento de Lugones). Títulos y subtítulos son tan concomitantes, al menos, como los puntos suspensivos de los finales. Si Lugones exorna su texto con un epígrafe de la Escritura (Levítico, XXVI, 19), Reyes comienza el suyo con una cita de Aquiles Tacio (Diálogo de Leucipo y Clitofón, V, 6), que llegó a tener función paradigmática en sus *Obras*

\*Alfonso Reyes, *Antología*. México, Promexa, 1979 ("Clásicos de la Literatura Mexicana", vol. 26).

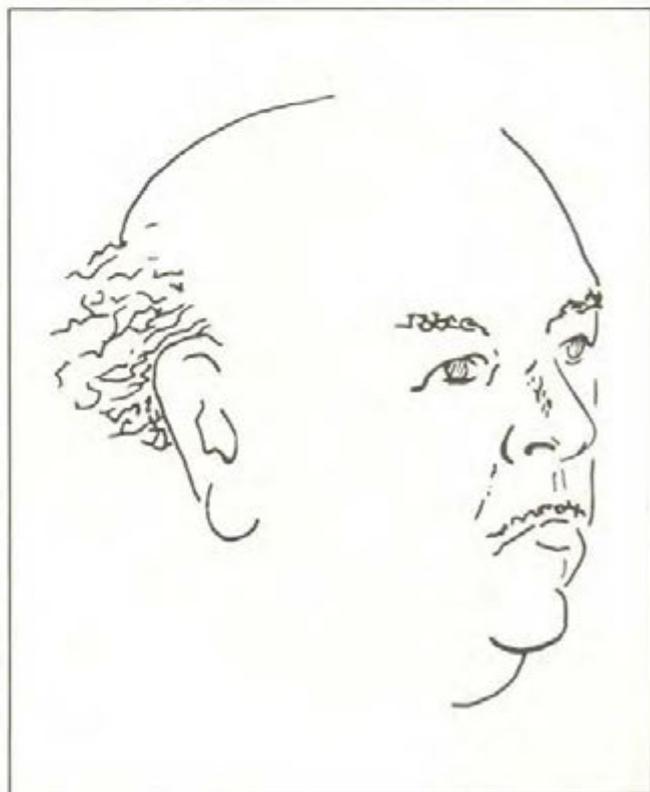
(IX, 193 y XX, 7, 31 y 181). Una frase del propio Reyes de este relato, ya lo hemos dicho en otra ocasión, alcanzó la eficacia premonitrice: "Yo no he estudiado, sino practicado, mis humanidades y mis clásicos. Y venido a ser para mis amigos literatos algo como una peste inevitable y divina".

**2** "Silueta del indio Jesús" (1910) es quizá la tercera pieza narrativa de Reyes; sólo posterior a "Lucha de patronos" (mayo de 1910) y a "Los restos del incendio" (del mismo año). Inicia la narrativa indígena de Reyes en los albores de la Revolución mexicana; anticipa *El testimonio de Juan Peña* (1923) y logra muy tempranamente aquel juicio de Amado Alonso, tan encomiástico del Alfonso Reyes "narrador de lo vivido" y tan bien valorado por James W. Robb y Concha Meléndez. Ambos relatos son, pues, autobiográficos y, naturalmente, mexicanos. La "Silueta" se publicó por primera vez en volumen póstumo: *Vida y ficción* (1970), con otros dos cuentos aquí reunidos: "Entrevista presidencial" y "Cuernavaca".

**3** "La cena" (1912) es el primer cuento de *El plano oblicuo* de 1920; fue traducido al inglés con anterioridad (*Adam*, Londres, julio-agosto de 1917) y al francés posteriormente (*Revue de l'Amérique Latine*, París, abril de 1924). "Es el mejor cuento de Alfonso Reyes según el concepto que hoy tenemos del género... es un cuento suprarrealista de los mejores que conozco", dice la autoridad de Concha Meléndez. Un cuento precursor, en muchos sentidos. Por su parte, Reyes ha insistido en el aspecto *personal*: "es una combinación de recuerdos personales, —dice— anodinos en apariencia, pero que me dejaron un raro sabor de irrealidad... Por esos días, Jesús Acevedo me contó también ciertas impresiones extravagantes de su visita a una familia desconocida. De ahí salió 'La cena', y no solamente de un sueño, como se ha supuesto generalmente... En todo caso, la invención personal tuvo aquí la parte principal..." Enrique Anderson Imbert, por el contrario, al clasificar los cuentos de Reyes "según los modos de usufructuar una herencia narrativa", sitúa "La cena" entre los cuentos que "sin indicar la fuente, utilizan elementos de cuentos conocidos. En 'La cena', el detalle final del protagonista que despierta con una flor en el ojal —flor del jardín soñado—, deriva del detalle de la flor que el protagonista de *The Time Machine* (1895), de H. G. Wells, trae de su viaje al futuro". En este punto cabría agregar la flor paradisiaca de Coleridge en su *Kubla Khan* impreso en 1816 y en otros aspectos temáticos el "Cuento de Pascuas", de Rubén Darío (*Mundial Magazine*, París, diciembre de 1911), que transcurre en una cena de Navidad y cuyo protagonista, bajo el influjo de los vinos y de un comprimido, cae en sueños extraños, oye dar unas horas, ve una rosa milagrosa y asiste a la degollación de María Antonieta. Finalmente, el doctor José Durand nos da la valoración definitiva al afirmar que este cuento de Reyes "abre la llamada nueva narrativa latinoamericana, que madura antes en el cuento que en la novela; es sin duda el primer logro pleno moderno que ofrece al lector varias interpretaciones posibles en una *forma abierta* y maneja con gran efecto el *tiempo circular*".

**4** "El testimonio de Juan Peña" (1923), escrito en Madrid, sólo se imprimió en 1930, en Río de Janeiro, con tres dibujos de Manuel Rodríguez Lozano; edición de 250 ejemplares, que el autor recibió con disgusto por los descuidos de la imprenta (*Diario: 1911-1930*, 26 de noviembre). Circuló únicamente entre los amigos; un ejemplar privilegiado ha venido a nuestras manos, con esta dedicatoria: "A Rufino Blanco-Fombona, / lo admira y lo recuerda / Alfonso Reyes / Río de Janeiro 1931 / Laranjeiras 397". Con razón dice Concha Meléndez: "Tuve que esperar años antes que las recientes ediciones de esa narración llegaran a mí. *El testimonio de Juan Peña* se ha reimpresso en *Verdad y mentira* (1950) y en *Quince presencias* (1955)". En cierta ocasión, durante su embajada en la Argentina (julio de 1927 a marzo de 1930), Reyes leyó "El testimonio" en una reunión literaria de Buenos Aires, en la que Amado Alonso se halló presente; tiempo después el gran filólogo confiaba a Concha Meléndez cómo lo conmovió "tanto la hermosura del relato como la voz y entonación del lector". Agregó Alonso: "Es lo más bello que (Reyes) ha escrito". Esta declaración permitió a James W. Robb seguir la pista de las opiniones de Alonso sobre Reyes y formular sus propias conclusiones sobre "Alfonso Reyes, narrador de lo vivido" y seguir "En el camino de Topilejo: con José Vasconcelos y Alfonso Reyes", hasta encontrar los perfiles precisos y peculiares de esos dos grandes de la literatura mexicana.

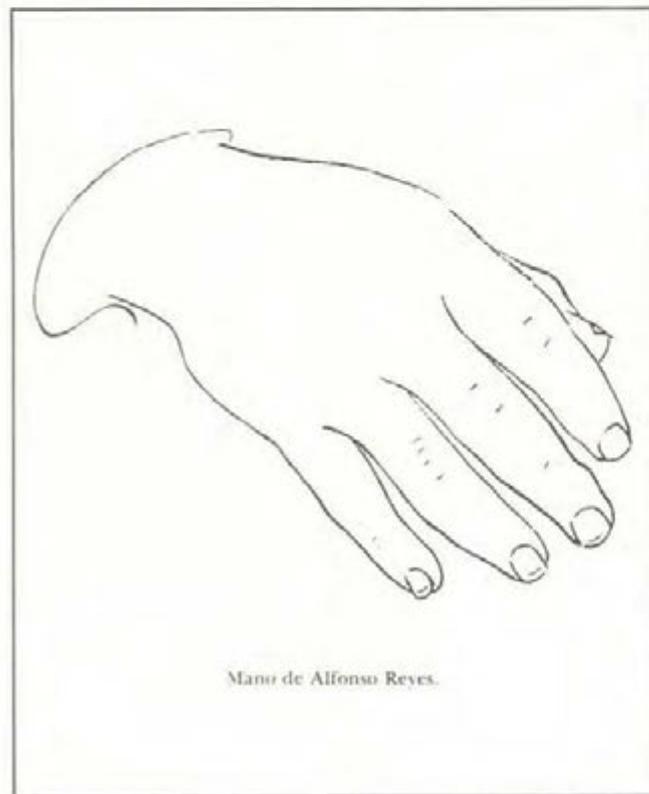
**5** "Entrevista presidencial", sin fecha, pero seguramente escrita al regreso definitivo de Reyes a México, febrero de 1939. Utiliza las experiencias de diplo-



mático en el Palacio del Eliseo (París), la Casa Rosada (Buenos Aires) y el Catete y el Itamaraty (Río de Janeiro) para confrontarlas con las que recibe en el Palacio Nacional de México, de lo más desapacibles que cabe. El espectáculo humano que presenta el patio de Palacio a ojos del recién llegado es incomparable con el de Itamaraty, que Reyes acaba de abandonar. Pero hay que declarar enseguida que la experiencia personal de Reyes está referida en tercera persona y que el protagonista es un François Pellerin, un peregrino de aquellas grandes capitales como lo ha sido Reyes. Pellerin es un franco-mexicano, que habla español por herencia materna, estudiado en Tolosa y París y asistente a los cursos primaverales del Instituto Francés de Madrid, con fama de ensayista enciclopédico menor, es enviado a México por la Asociación de Universidades para establecer cátedras de literatura francesa. Hay, como se ve, simpatías y diferencias entre el embajador Reyes y el profesor Pellerin; pero por dentro más que se asemejan; se identifican en la visión contrastada del país. "¿Sería éste el México auténtico, el México de fondo que él había estudiado en los libros de su infancia y había conocido por las reliquias de su familia? ¿O sería esto una momentánea torsión creada por los sacudimientos políticos y las pasajeras refracciones sociales?" Los temas de la cortesía y de la muerte en la sociedad mexicana son inquiridos por François Pellerin con el mismo calor y templanza con que Reyes lo hacía en sus ensayos. Sobre la muerte mexicana François Pellerin se atreve con aseveraciones y preguntas que sólo un nacional, un compatriota que ha meditado mucho sobre ella, lo haría. En fin, las últimas interrogaciones de Pellerin

son contestadas por el propio Reyes, por ejemplo: "Además, este pensamiento de la muerte ¿es característico de México según se pretende? ¿Y España, donde un escritor mexicano, precisamente, reparó en que los entierros eran la verdadera 'fiesta nacional' del pueblo madrileño?" Pues véase "La fiesta nacional" de Reyes, en sus *Cartones de Madrid* (México, 1917), donde se hallará la respuesta en el paralelo español.

**G**"Cuernavaca" tampoco tiene fecha en el manuscrito, pero no puede ser anterior a marzo de 1944, pues sólo entonces pasó Reyes una temporada en la ciudad, reposo médico aconsejado por el primer infarto del día 4. Allí, al lado de su amigo Enrique Díez Canedo, se repuso rápidamente y pudo hacer las primeras observaciones directas sobre el terreno, aunque no se trataba de un conocimiento inicial, pues uno de los sitios que atrajeron a José Dorantes, *alter ego* de Reyes en este relato, a su regreso a México, "fue Cuernavaca, a unos setenta y cinco kilómetros de la capital. Viaje cómodo y cómoda estancia. Buena carretera que, antes de trasponer el Ajusco, deja ver el panorama de México y Xochimilco, el valle y el espejo de los lagos... amenidad de la excursión". Es decir que Reyes había ya visitado la ciudad por descansos dominicales o en fines de semana o de tránsito a Acapulco —tránsito obligatorio entonces— como en enero de 1940. Esa primera temporada de 1944 se deja sentir en la fruición del relato: sorpresas del descubrimiento provinciano y cosmopolita, a la vez; vida menuda y de gran mundo, al par. Placeres de la mesa y del paisaje descritos con delectación morosa y "la farmacia, que a lo mejor posee artículos ya imposibles en México, por la dificultad de la guerra", nos indican el interés del paciente y el momento internacional anterior al 1945. Otra frase del relato comprueba que la estadía es más o menos permanente: "Siempre igual y siempre cambiante, el drama del amanecer y el anochecer vale por sí solo, visto desde aquel aéreo balcón, la estancia en Cuernavaca". Aunque el relato está referido en tercera persona es autobiográfico de Reyes y muy característico de su personal estilo, en que mezcla en un plano continuo la propia experiencia y la memoria literaria. Los años y compañeros de la Escuela Nacional Preparatoria, los escritores y artistas del modernismo mexicano, los ateneístas de la generación del Centenario de la Independencia y hasta "cierto testimonio del indio Juan Peña", que Reyes bien se sabía. José Dorantes, como Reyes, "habitado a viajar por necesidad y por afición", regresó al país tras varios lustros de ausencia, y cantaba con naturalidad "La Noisille", "Au près de ma blonde" y "Brave marin", lo que insinúa cierta familiaridad parisina, pero también recordaba alguna máxima que oyó al canciller Carlos Saavedra Lamas en Buenos Aires, detalle que lo identifica como diplomático mexicano ante la Casa Rosada. La literatura española, mexicana y francesa discurre fácilmente en su mente: Lope, San Juan de la Cruz, Darío, Juan Ramón, Nervo, Gamboa, Mallarmé y Colette. Cuerpo y alma de Reyes.



Mano de Alfonso Reyes.

Los ensayos de Alfonso Reyes ganaron muy prontamente la atención de propios y extraños. Y aunque fue poeta precoz —todo gran escritor es poeta nato— prefirió

aparecer como prosista en el libro impreso. Lo explicó cabalmente a Rubén Darío, en esta manera: "No he publicado más que las *Cuestiones estéticas*, que usted conoce, por mucho que mi primera dedicación fueron los versos. Sé que en *nuestra América* hay riesgo en publicar prosa antes que verso, pues la mayoría de los poetas se refugian, tras este accidente insignificante, para declarar que no es uno temperamentalmente poeta. Sin embargo he preferido hacerlo así, por el sencillo motivo de que sentí mi prosa más madura ya que mi verso" (México, 19 de noviembre de 1911).

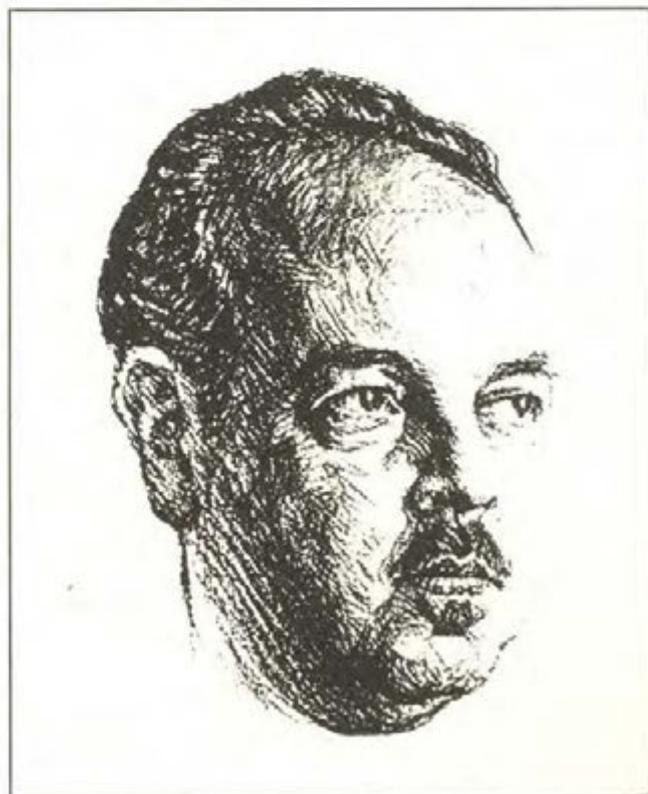
Esas primigenias *Cuestiones estéticas* del ensayista se publicaron en París (1911), con prólogo de Francisco García Calderón, espaldarazo no solicitado, además de entusiasta y profético. "Este es un prólogo espontáneo —dice García Calderón en su primer párrafo—, el anuncio de una hermosa epifanía. No me lo ha pedido el autor al confiarme la publicación de su libro: me obliga a escribirlo una simpatía imperiosa". Arturo Farinelli (1867-1948) y Emile Boutroux (1845-1921) le escribieron al recibir el libro invitándolo a compartir sus añejas sabidurías. Ramón Menéndez Pidal (1869-1968) lo felicitó por los ensayos sobre Góngora y Diego de San Pedro y Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912) leyó esas mismas páginas con atención, aunque enfermo, pero ya no pudo comunicárselo.

Como tema de sus estudios, los ensayos de Alfonso Reyes han ocupado principal interés entre los latinoamericanos Medardo Vitier (*Del ensayo americano*) en 1945 y José Luis Martínez en 1952. Martínez estableció un fino cedazo clasificador de diez apartados que luego aplicó al conjunto del material estudiado en *El ensayo mexicano moderno* (1958). A Manuel Olguín debemos un *Alfonso Reyes, ensayista* (1956), donde parcela en cuatro grandes etapas la producción de Reyes dentro de este género y apunta los temas reiterados o persistentes en cada una de las etapas. Finalmente, el norteamericano James W. Robb, en *El estilo de Alfonso Reyes* (1966) quiere "estudiar las características más sobresalientes del estilo artístico de Alfonso Reyes, manifiestas en la totalidad de su obra literaria pero que se revelan más sorprendentemente —a nuestro juicio— en su prosa ensayística". Nuestra selección atiende las sugerencias de todos ellos, pero enfatiza en el carácter nacional y personal, tanto en el tema como en el tono, y pretende que los ensayos elegidos no tengan dificultades para la inmensa mayoría, sin por eso desechar la primordial calidad, que es la muestra de los gustos.

El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX" fue una conferencia con la que Reyes representó al Ateneo de la Juventud ante el Concurso Científico y Artístico del Centenario de la Independencia (1910). "La conferencia —escribió el propio Reyes— se publicó en folleto aparte (Tip. de la Vda. de F. Díaz de León, Sucs., 1911); y por cierto quedó incompleta. En una nota final ofrecí que la redondearía más tarde. Nunca lo hice. Algunas páginas de este folleto, por ahora olvidado y aun entiendo que superado por la crítica posterior (Torres Bodet, Carmen Millán), pasarían a la *Visión de Anáhuac...*"; desde luego no lo olvidó Reyes, pues lo incluyó

en el Vol. I de sus *Obras Completas* (1955) tal cual había salido de su pluma en 1910, aunque "varias veces intenté rehacer este ensayo", reconoció en esa ocasión.

"Visión de Anáhuac (1519)" fue escrita en Madrid, 1915; fue publicada por D. Joaquín García Monge en su colección "El Convivio" (San José, Costa Rica, 1917), a quien Reyes escribió lo siguiente, al remitirle el original: "Esto le envío, correspondiendo a su amable invitación, para que le dé hospitalidad en su preciosa colección... A esto le he puesto un nombre absurdo: *Mil quinientos diez y nueve*. Si le parece malo, puede usted poner este otro: *Visión de Anáhuac (1519)*", que fue el título que aprobó el editor. Debió aparecer a principios del año 1917, ya que el 20 de marzo Reyes recibió carta de recibo de Raymond Foulché-Delbosq, en que le hacía una observación que el autor acogió sobre la conveniencia de eliminar fuentes modernas en una obra evocadora del siglo XVI. En efecto, ya en la segunda edición (Madrid, 1923) fueron suprimidos los nombres de Fueter y Hörschelmann; del mismo modo, "Una errata. Una sola, pero lamentable, (que) se nos ha escapado en esta entrega", decía el primer editor García Monge, "descubrir" por "describir", fue admitida graciosamente por Reyes para todas las ediciones sucesivas. Sin embargo, conocemos algún ejemplar autografiado en que la errata fue salvada de puño y letra, es decir que entre 1917 y 1923 la voluntad de Reyes estuvo alguna vez suspensa, bambolean-te, entre el recto sentido y la casualidad, entre la razón y lo fatal. No es la única vez en que Reyes, mártir de los yerrores de la imprenta, acepta de buen grado la intervención creadora de la errata en su propia obra; ha contado éste y



otros casos en *La experiencia literaria* (1942). Todo esto quiere significar que Reyes en su obra más divulgada en español y más traducida a lenguas extranjeras, la más celebrada y por muchos tenida por el superior de su género, no desperdició ni siquiera el azar, menos el estudio y el conocimiento, a la hora de construir o de mejorar su *Visión de Anáhuac*. Aprovechó al principio varias páginas de "El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX" entre ellas aquella que contiene el famoso epigrafe: "Viajero: has llegado a la región más transparente del aire", que ha originado homenajes y polémicas y hasta el título de la primera novela de Carlos Fuentes. Las fuentes indígenas y españolas se mezclan y destilan con otras europeas y criollas, mestizas y ya mexicanas del siglo XIX; las citas y reminiscencias, desde la suya propia, a la cabeza del primer capítulo, hasta el *Cantar de Cantares*: del "polvo, sudor y hierro" a *le dard empoisonné du sauvage*; que no hace falta identificar ni traducir porque están íntimamente integradas al texto; todo construido con la precisión, armonía y movimiento de un organismo vivo.

3 "México en una nuez" fue escrito en septiembre de 1930, entre México y Río de Janeiro, y leído en Buenos Aires, en el Teatro Cine Rivadavia, durante un festival de Amigos de la República Española el 3 de noviembre de 1937. Se publicó en *Norte y sur* (México, 1944) y luego en las *Obras Completas*, vol. IX. Es una de las piezas más celebradas de Reyes por su sencillez, concisión y valentía. Entre un cardumen de hechos históricos que han provocado las más encontradas interpretaciones planta Reyes la suya, plena de generosa y gallarda serenidad. Esta apretada síntesis de la historia de México dio en su hora la nota de severo optimismo que necesitaba el país. Nada de elogios fáciles o halagos al régimen que patrocina su misión diplomática; la dignidad de la palabra trata de hacer justicia sin ruido y ni siquiera en los reproches al pasado inmediato, el vivido por él mismo en circunstancias trágicas, tienen sabor de acrimonia. Un fuerte arroyo patriótico pule las "simpatías y diferencias".

4 "Jacob o idea de la poesía", breve ensayo escrito en 1933, durante la residencia diplomática en Río de Janeiro. No es ni lo pretende el *arte poética* de Reyes, acometido otras veces aunque de manera fragmentaria, como en *Ancorajes* (México, 1951), piezas emparentadas con la presente y de fecha muy cercana, Río de Janeiro, 1934; pero contiene reflexiones muy suyas, al punto de hacerla un ensayo típico de Reyes. Ya en 1925, en París, Reyes había imaginado el ejercicio de la poesía como el "combate de Jacob con el ángel", soneto titulado "Jacob", que se encontrará en la selección poética de este volumen; fue publicado en *La vega y el soto* (México, 1946) y después en la *Constancia poética (Obras Completas, vol. X)*. Además del epigrafe de la Escritura (Génesis, XXXIII, 24-28) debió influir en el ánimo de Reyes la pintura de Eugène Delacroix (1798-1863), "La lucha de Jacob con el ángel", en Saint-Sulpice, Capilla de los Santos Angeles, inaugurada el 21 de junio de 1861 y celebrada por Ch. Baudelaire en sus *Curiosités esthétiques* (1868). Aquella conversación de Mallarmé y Degàs, sobre "los versos (que) no se hacen con ideas, sino con pa-

labras" figura también en *Ancorajes*, "Compás poético", núm. 5, páginas fechadas en Río de Janeiro, noviembre de 1930. Reiteraciones, círculos concéntricos como los de la piedra en el agua, dibujan los aspectos persistentes de Reyes.

5 "El vendedor de felicidad" está fechado en México, mayo de 1943. Divulgado en la prensa periódica por la Cadena "Anta", pasó al volumen de *Los trabajos y los días* (1945) y de ahí a las *Obras Completas*, vol. IX. En el ejemplar personal de *Los trabajos y los días* tiene numerosas tachaduras, correcciones y perfeccionamientos de mano de Reyes, que fueron aprovechadas en un plieguito en que lo reimprimió como felicitación de año nuevo en 1953. Todavía el año 1959, fecha de la muerte de Reyes, al pasar a las *Obras Completas* tiene nuevas variantes y vueltas a la primera lectura. Todo indica el cuidado o predilección que el autor tenía por su criatura, criatura de lo más peculiar de Reyes, que anda entre dos aguas, que parece cuento y ensayo a la vez, como que participa en gran medida de ambos. Cuando los géneros no se han delimitado voluntariamente, surgen estos especímenes curiosos, indecisos, que no admiten etiqueta fija. "El vendedor de felicidad" es realmente un apólogo, que tiene sus raíces en las más viejas literaturas y se viste a la moderna. La ciudad donde ocurren los hechos es ciudad que procede del mundo literario, irreal, y por mayor irrealidad el texto entre comillas no coincide con el del verso de Darío que Reyes quiso citar. El comienzo de "La hembra del pavo real" parece recordado entre sueños:

En Ecbatana fue una vez...  
O más bien creo que en Bagdad...  
Era en una rara ciudad,  
bien Samarcanda, o quizá Fez.

"Fue en alguna extraña ciudad", escribió Reyes. Y, por otra parte, la anécdota de Santiago Rusiñol, se presenta como extraída de la vida real, con toda la vivacidad del suceso conocido oralmente y que ya ha sido contado y escuchado muchas veces.\* Ese contrapunto oscilante ayuda a crear la sensación de irrealidad y la actitud aleccionadora del protagonista se diluye gratuitamente.

6 "De cómo Grecia construyó al hombre" comenzó siendo una reseña bibliográfica de los dos primeros libros de la *Paideia* de Werner Jaeger (1888-1961), traducidos por Joaquín Xirau y publicados por el Fondo de Cultura Económica en 1942; así apareció en *Noticiero Bibliográfico* de la editorial en agosto del mismo año. En diciembre del siguiente Reyes la corrigió y amplió, hasta darle la forma en que hoy la conocemos, la de un verdadero ensayo de divulgación, de la misma índole de tantos otros ensayos sobre la civilización griega que escribió a su regreso a México, entre 1939 y 1959. La versión definitiva, fechada en 1943, se publicó en la revista *Educación Nacional*, febrero de 1944. Pasó después a *Junta de sombras* (1949) y a las *Obras Completas*, vol. XVII. Es un ensayo bien representativo de la tarea que Reyes cumplió en los

\*Recientemente, Barcelona, 15 de mayo de 1979, Juan Ramón Masoliver y José Agustín Goytisolo me han confirmado el carácter real y oral de la anécdota.

últimos años; siguiendo autores y obras de gran autoridad, exponía con naturalidad lo ajeno y lo suyo; los recuerdos personales, como el de la visita a Jaeger "en su casa de Watertown y en su celda universitaria de Harvard" y la interpretación más rigurosa.

7 "Cartilla moral", aunque escrita en 1944, al iniciarse la campaña de alfabetización promovida por D. Jaime Torres Bodet, sólo fue impresa por cuenta del autor en el "Archivo de Alfonso Reyes", serie C (Residuos), núm. 1, 1952. El Instituto Nacional Indigenista hizo una edición popular en 1959; al agotarse esta edición, Manuelita Reyes hizo otra, también para distribución gratuita, en 1962. No se nos alcanza el porqué no fueron utilizadas estas páginas en su momento; de todos modos, una institución oficial reparó el desvío o desatención años más tarde. Es una pieza didáctica, de fácil acceso, que tanto vale al niño como al hombre maduro. Reyes siempre estuvo dispuesto a prestar el concurso de su pluma para el desarrollo cívico, siempre que no le impusieran intereses de bandería. Es buena esta ocasión para darle más lectores atentos, como lo merece el texto por su palabra y por su doctrina.

8 "Mi idea de la historia" fue redactada para el Primer Congreso de Historiadores de México y los Estados Unidos, Monterrey, septiembre de 1949, e impresa en la misma ciudad, en edición limitada de 100 ejemplares, el mes siguiente. Reyes la reimprimió en la segunda serie de sus *Marginalia* (1954) y ahí declaró el lugar y fecha de redacción: Tecolotla, 6 de agosto de 1949, lugar y tiempo ideales para la concentración intelectual. "Se aprovecharon algunas páginas ya publicadas en *Los trabajos y los días*", reconoce el propio Reyes; ellas son las correspondientes a "la falacia apatética de la historia" (Toynbee), los párrafos referentes a fray Jerónimo de San José y su *Genio de la historia*, una cita de Menéndez Pelayo y la página inmediata, que proceden del ensayo "Sobre el escepticismo histórico". El pasaje sobre el "ifismo" (el *if* inglés condicional) se extrae del ensayo sobre "El héroe y la historia", también de *Los trabajos y los días*. Otras páginas posteriores tuvieron origen en la presente pieza: "El relativismo histórico" (*Las burlas veras*, I, 1957). Vale señalar que "Mi idea de la historia" está precedida en la obra de Reyes por el ensayo "Sobre el sistema histórico de Toynbee" (agosto de 1948) y otras "Notas a Toynbee", un poco anteriores, en las que Reyes se complace en encontrar coincidencias, anticipaciones y divergencias suyas con respecto del inglés (*Sirtes*, 1949); sin pretender la originalidad de un sistema histórico en favor de Reyes, llamamos la atención de los especialistas en este punto, como lo hizo el doctor Juan A. Ortega y Medina en su conferencia sobre "El sentido de la historia en Alfonso Reyes" (15 de junio de 1960, Facultad de Filosofía y Letras).

9 "Nuestra lengua" es uno de los últimos ensayos salidos de la pluma de Reyes. No sabemos la fecha exacta de su redacción, pero la inferimos por la nota preliminar del folleto impreso en 1959 que se refiere a hechos de no hace mucho tiempo: "El ilustre escritor don Alfonso Reyes... ha tenido la deferencia de enviar al Se-

cretario de Educación Pública unas páginas sobre nuestro idioma... Al imprimirlas y repartirlas gratuitamente entre los escolares, la Secretaría de Educación expresa su agradecimiento a don Alfonso Reyes por el patriótico deseo de contribuir a la educación nacional..."; a mayor abundamiento, el propio Reyes incluyó en último término "Nuestra lengua" en su libro *Al yunque*, aparecido póstumamente en 1960 y con la indicación cronológica de su contenido: 1944-1958. Figura ahí como segundo (y último) de los apéndices y al lado de "El drama y la epopeya", que está fechado el 13 de noviembre de 1958; es riesgo mínimo datar "Nuestra lengua" entre noviembre y diciembre del mismo año. No dormía el filólogo que Reyes llevaba dentro; una racha lingüística se hace visible en sus escritos de la década del cincuenta: "Reflexiones elementales sobre la lengua" (1952), que figura en la segunda serie de las *Marginalia* (1954); "La pareja sustantiva" (*Idem*); "Discurso académico sobre el lenguaje", pronunciado el 17 de mayo de 1957, al tomar posesión de la Dirección de la Academia Mexicana de la Lengua (*Al yunque*, 1960); "El analfabetismo" (1958), en *Las burlas veras*, II (1959); y esta "Nuestra lengua" escrita especialmente con fines didácticos y que fue aprovechada de inmediato. Debió darle mucho gusto a Reyes el impreso pobretón pero numeroso y bien intencionado; no se desdijo de él, antes lo incorporó en *Al yunque*, la continuación esperada de *El deslinde*, que fue la rúbrica final de su obra.

La poesía de Reyes siempre ha sido motivo de discusión apasionada. Hay quienes la desconocen, hay quienes la soslayan, alabando o reconociendo otros aspectos de su obra; hay quienes la estiman como cosa menor y quienes le han dedicado ensayos entusiasmados y libros de razón. Entre poetas y eruditos anda el juego o el equivoco, porque los primeros al encontrarse profetizados o corroborados en ella le han conferido los máximos galardones; los eruditos, al encontrar materia culta en sus entrañas, la consagran como el milagro de su profesión. En fin, que la poesía de Reyes ha caído en el bando elitista de las letras, en el del sumo buen gusto y en el del engreimiento cultural. En un tiempo las recitadoras, que fueron plaga, popularizaron la "Glosa de mi tierra", la "amapolita morada / del valle donde nací"; pero no se ganó mucho con eso ni Reyes ganó nada. La verdadera popularidad, la legítima, procede del conocimiento íntimo de la lectura de unos pocos, que después imponen el gusto en las antologías y las historias de la literatura. Para esto se necesita no sólo una producción regular y ascendente, sino también una publicación constante y adecuada; a Reyes, según nuestro modo de ver, le faltó lo último en modo flagrante y aun con su propia complicidad.

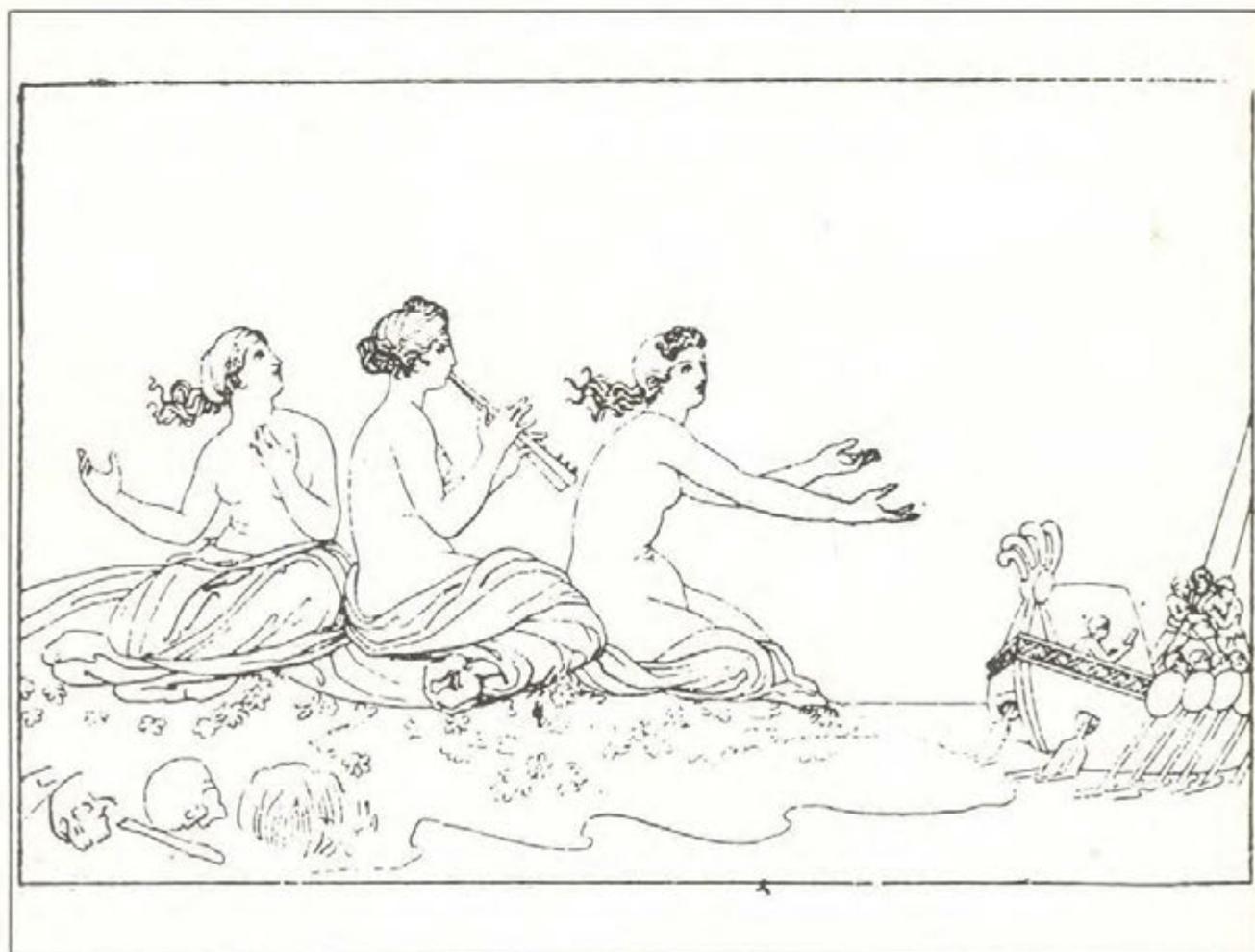
Ya vimos aquí, en el fragmento citado de una carta de Reyes a Darío, que Reyes fue muy consciente al publicar en primer término un libro de ensayos que uno de versos, porque sentía su prosa ya más madura. Y corrió el riesgo deliberado de que se le pusiera la etiqueta de prosista, cuando en tierra de poetas (y generales) lo urgente es demostrarse *temperamentalmente poeta* (o general). "Yo no tengo la culpa —continuaba Reyes en esa carta, a manera de excusa— de mis naturales ritmos de desarrollo, ni pre-

tendo dar a estos fenómenos más importancia de la que tienen. Respecto a si soy o no soy poeta, temperamentalmente, me parece que aún es prematuro que yo mismo quiera decirlo". Sin embargo, el jovencito de 16 años publicó primero versos, tres sonetos titulados "Duda" en *El Espectador* de Monterrey, 18 de noviembre de 1905, "y luego — cuenta Reyes— los reprodujo en México el diario *La Patria*, el que dirigía don Ireneo Paz, el abuelo de Octavio". Y desde luego no eran los primeros versos que escribía, sino sus primeros versos "públicos", los que veían la luz entonces.

Y sigue escribiendo versos y aun publicándolos en periódicos y revistas — como los que le solicitó Darío para *Mundial Magazine*— y... el poeta precoz se convierte en conferenciante y ensayista maduro en menos de tres años. La historia de sus libros poéticos no es menos desconcertante: al fin decide juntar y seleccionar su producción que va de 1906 a 1919 con el título modestísimo de *Huellas*. Viviendo en Madrid y teniendo allí editoriales e imprentas a la mano, prefiere que el libro salga en México (1922), lleno de erratas, por mejor seña. Mientras la prosa sigue abriéndose camino (periodismo, filología, traducciones) la poesía ocultada como adrede reaparece en ediciones de corto tiraje para las manos de los amigos.

Federico de Onís, en su *Antología de la poesía española e hispanoamericana* (Madrid, 1934), incluye dos piezas aparecidas en *Pausa* (París, 1926), pero que ya estaban en *Huellas*: "La amenaza de la flor" y "Glosa de mi tierra". La Guerra Civil española la destierra de España y el Servicio diplomático la aleja de México; no tiene, pues, campo fijo ni propicio, hasta que juntos los ánimos dispersos se reúnen en una empresa común: *Laurel, antología de la poesía moderna en lengua española* (México, 1941), en que Emilio Prados, Xavier Villaurrutia, Juan Gil-Albert y Octavio Paz, dan a la poesía de Reyes el sitio justo y el ámbito apropiado. Reyes figura allí entre los grandes, desde Unamuno y Darío hasta Juan Ramón Jiménez y César Vallejo, y con un número de poesías no inferior al de ninguno.

Quizá este reconocimiento hizo que Reyes volviera con optimismo a su obra poética dispersa entre los años de 1916 y 1943. La tituló *La vega y el soto*, al amparo de un epígrafe del Ldo. Tomé de Burguillos (Lope de Vega). Parcelada en cuatro secciones, sale a pública luz en 1946; pero más bien parece edición privada o particular, porque la Editora Central, que sella el pie de imprenta, no se sabe cuándo apareció o desapareció, lo que significa que la distribución del libro quedó confiada a la





discreción del autor. Caso contrario es el de la *Obra poética* publicada por el Fondo de Cultura Económica, como volumen primero de la serie "Letras Mexicanas", por más honor (México, 1952) y el de la *Constancia poética*, vol. X de las *Obras Completas* (1959). El lector más avezado tiene en ellas la suma total de una obra "disputada por la calidad y la extensión". Lector excepcional lo ha sido Conchita Meléndez en sus *Moradas de poesía en Alfonso Reyes* (San Juan de Puerto Rico, 1973), en los últimos años.

Nuestra selección de poesías de Alfonso Reyes se basa en la *Constancia poética* que Reyes dejó el propio año de su muerte, con ciertos ajustes en pro de la cronología de las piezas, que ofrecen así un camino más terso, paralelo al desarrollo emocional y lingüístico del autor. La poesía "natural y refinada" de Reyes, que dijo Eduardo Carranza, alcanza el singular acento a que estaba destinada, ya sin el estorbo de las prisas de la existencia, independiente ya de la sonrisa o el entrecejo de la persona que la produjo. Como el dios del célebre soneto anónimo, la poesía de Reyes es digna de quererse tan sólo por ser quien es, sin premio del autor ni temor al crítico.

¿Y quién o qué es y cómo es esta poesía? Preguntas difíciles para responder en pocas y aun en muchas pala-

bras, pero el que no se las hace no pasa la mar o ni siquiera oír el rumor de las olas. Poesía precoz, postergada o postrera, dibuja un amplio arcoiris de temas y tonos riquísimos, desde la cerrada intimidad hasta la objetiva entrega al paisaje, pasando por el concentrado fruto dramático. Criada en contacto con los clásicos, el simbolismo y el modernismo, pronto abrevó en la poesía popular de México y España, aprovechó los atrevimientos de la vanguardia europea, contando con el experimentado laboratorio personal que mezcló y destiló esencias universales en frascos imprevisibles. Verso libre o tradicional, con quiebros repentinos, ritmos y acentuaciones oscilantes, su música se ofrece bien encarnada en armonioso y compacto caudal verbal, consiguiendo aquella apetecible utopía del equilibrio de fondo y forma. La poesía de Reyes desborda del tomo X de sus *Obras Completas* y anega los veintitantos restantes, invadiendo, inundando cuentos, ensayos, teatro, discursos, memorias, tratados, anécdotas y traducciones con el seguro acierto de quien supo fundir alma, lengua y pluma en un objeto de rara e intensa rotundidad. Esta antología impersonal de Reyes, quiere hacer patente esa virtud, al menos esto ha pretendido un "amigo queridísimo y gran compañero de labores".